

Ivan. Para ella se eligieron, no 1,000, sino 6,000 hombres con sus mujeres é hijos, casi todos de baja estofa; Ivan les regaló propiedades pertenientes á la Opritschnina, cuyos antiguos propietarios, en número de 12,000 familias, fueron expulsados de sus hogares sin consideración alguna. Lo peor era que, como se vió mas adelante, Ivan no concedía justicia contra los opritschniques; toda la Semschtschina fué abandonada á las depredaciones de estos, que con sus insignias, la destal, la cabeza de perro y la escoba, llevaban el terror á todas partes, porque á quien se habría atrevido á resistirles? Es preciso conocer los detalles de su furor y echar una mirada sobre la conducta deparada de la corte de Alexandrowa para comprender hasta qué punto rebajó Ivan el nivel moral de Rusia. La existencia ordinaria del sanguinario príncipe fué siempre la misma por espacio de muchos años, con la sola diferencia de que á medida que pasaba el tiempo se aumentaba en Ivan la necesidad de buscar nuevos é inauditos placeres y estímulos. Las desenfundadas bacanales en las cuales no se respetaba el honor de las damas y doncellas mas ilustres, las brutales cazas humanas en las que la sangre corría á torrentes, el asesinato y el incendio, los tormentos cada vez mas refinados que inventaba y cuya aplicacion sazónaba con la diabólica ironía que constituía un rasgo saliente de su carácter, nada de esto le saciaba ya y sus satélites rivalizaban en celo por excederse unos á otros. Pero lo que imprimió un sello característico en su conducta fué la combinacion de estas crueldades con pompas monásticas y oraciones, á las que se entregaba con la misma pasión que á las orgías que antes ó despues de ellas se verificaban. El czar se había proclamado abad de una cofradía dentro de la cual reunió á 300 opritschniques de los que mas confianza le merecian, lo cual valía tanto como decir de los mas malvados. A media noche, envueltos en capuchones monacales y vestidos con negras cotas que se ponian encima de sus preciosas túnicas, juntábanse para cantar los maitines; luego desde las tres á las siete se rezaban los divinos oficios de la mañana y el que no conocía la compasión para nadie permanecía por espacio de cuatro horas prosternado, repitiendo sin cesar: «¡Señor, apiádate!» (*gospodi pomiluj*) hasta hinchársele la frente. Igual función se repetía en los oficios de la tarde. El tiempo que entre unos y otros mediaba estaba dedicado á los placeres, tales como el czar los entendía, ó á los negocios de gobierno, de los cuales no podía ni quería desentenderse cuando se referían á asuntos de la Opritschnina ó de política exterior. Al acostarse, se hacía contar leyendas y cuentos hasta que de él se apoderaba el sueño. A pesar de todo Ivan no podía vencer cierto sentimiento de vergüenza, así es que ordenó á sus embajadores encargados de negociar la paz con los de Polonia que si eran preguntados acerca de la Opritschnina contestaran que no había tal Opritschnina y que cuanto sobre este particular se decía eran habladurías absurdas. Cuando á fines de 1565 llegó á sus dominios una gran embajada polaca presidida por Chotkewitz y por Tisz-kewitz, la recibió en Moscú rodeado de sus boyardos como si todo estuviera lo mismo que antiguamente. Precisamente entonces, despues de los desastres sufridos por las armas rusas, que todavía aumentaron la devoradora suspicacia que alimentaba contra todo cuanto se relacionaba con los antiguos boyardos y con las familias de príncipes, Ivan estaba dispuesto á llegar á una inteligencia con el enemigo. Polonia estaba tambien animada de deseos pacíficos, pues se quería la paz en interés de la union con Lituania y de las cuestiones políticas y religiosas palpitantes y á causa de los cuidados que inspiraba la escasa salud de Segismundo. De aquí las excepcionales ofertas de los embajadores, que se mostraron dispuestos, á cambio de una paz honrosa, á dejar en poder

de los rusos á Polozk y todos los territorios por ellos ocupados en Livonia. Ivan exigió, además de esto, á Riga, mas como los embajadores no tenían poderes para tratar sobre este punto, propusieron que el czar y Segismundo Augusto se avistaran personalmente. Habíase llegado á un acuerdo sobre los puntos capitales de esta proposicion cuando todo fracasó al plantearse la cuestion del ceremonial que por parte de cada uno debía observarse. Ivan declaró que por medio de una embajada contestaria á las proposiciones de los embajadores. El hecho de tener asegurada por el derecho de gentes la conquista de Dorpat y de Polozk era de no escasa importancia y el czar acarició entonces la idea de que muerto Segismundo Augusto podria apoderarse de toda la Lituania sin necesidad de entablar una lucha. Consecuente en su desconfianza y dando en esta trascendental cuestion poco valor al parecer de los boyardos, en su sentir traidores ó semi-traidores por lo menos, creyó conveniente apelar á todo el aparato de una asamblea de estados para, despues de haber oido el parecer de estos, adoptar su resolucioin definitiva. En el verano de 1566 reuniéronse en Moscú sacerdotes, boyardos, funcionarios, nobles de la primera clase, hijos de boyardos y nobles de segunda clase, propietarios de los territorios fronterizos del Oeste y finalmente los principales comerciantes de Moscú y de Smolensko. La ciudad de Nowgorod no estaba igualmente representada, pues todavía abrigaba el czar la misma desconfianza contra la gran capital mercantil del Norte, que había de ser causa de la espantosa decadencia de esta. Es difícil decir hasta qué punto los debates que allí se sostuvieron reflejaron la opinion de aquellos á quienes se consultaba, siendo lo mas probable que estos antes de expresar su parecer investigaran cuál era la voluntad del czar. La opinion general, que se manifestó especialmente vigorosa en los propietarios de Toropez, fué favorable á la conservacion de Livonia á todo trance, en vista de lo cual Ivan adoptó las medidas oportunas encargando á sus embajadores que solo firmaran un armisticio en el caso de que Segismundo Augusto renunciara á Livonia, reconociera el título de czar y soberano de Livonia y entregara á Kurbsky.

Esto significaba la reanudacion de la guerra, pues era imposible que el monarca polaco aceptara una tregua basada en tales condiciones. Algunos párrafos de la instruccion que se dió á los embajadores son en extremo curiosos. «Si los señores lituanos, — decíase en ella, — dijeren que el czar podría darles por soberano á su czarewitz Ivan, contéstese: nosotros no tenemos sobre este particular instruccion alguna; si esto es necesario para vuestro señor y para vosotros, enviad una embajada.» En esta ocasion ya no se negaba la existencia de la Opritschnina sino que simplemente se la disculpaba diciendo que el czar podía hacer lo que mejor le pareciera. Si se les hablaba de la crueldad de Ivan, los embajadores debían contestar que el czar era bondadoso y que solo castigaba á los malos. En cuanto á Kurbsky, se había de exigir su entrega porque fomentaba la lucha entre los soberanos y porque era culpable de haber querido dominar en Jaroslaw.

La embajada moscovita llegó á Lituania en febrero de 1567 y á pesar de los grandes gastos que ocasionaba, pues se componía de 3,000 hombres, se entretuvo allí mucho tiempo hasta que por último fué despedida, como era de esperar, con una rotunda negativa. Segismundo Augusto declaró la guerra al czar, poniendo á Dios por testigo de que no era suya la culpa: su intencion era ponerse al frente de sus tropas para atacar á Rusia, habiéndole prometido los lituanos, si así lo hacía, proporcionarle dinero en abundancia y una guardia de corps especial. Pero los polacos disuadieron al

monarca de su intento diciéndole que primero debía hacerse la union, cuya realizacion se retardaria á cada ventaja que consiguiera Lituania (1).

No podemos seguir en todos sus pormenores la guerra que entonces estalló. Los polacos sitiaron á Ula, pero no lograron apoderarse de ella, y lucharon en Livonia con suerte varia contra los suecos, sin que los encuentros pasaran de ligeras escaramuzas. Ivan se mantuvo en la defensiva. Los dos beligerantes hacían la guerra con poca energía, Polonia-Lituania á causa de las negociaciones que para realizar la union se seguían y de la inminencia que ofrecía la cuestion de la sucesion del reino, y Moscú porque entonces precisamente la sanguinaria conducta de Ivan no reconocía límites. El pretexto para el recrudescimiento de sus crueldades fueron ciertas cartas en las cuales Segismundo Augusto y el hetman Chotkewitz excitaban á los príncipes Bjelski, Mstislawsky y Worotynsky y al boyardo Ivan Petrowitz Scheljadin á que se rebelaran contra el czar. Aunque los príncipes y el boyardo se apresuraron á mostrar aquellas cartas á Ivan y enviaron á Polonia unas respuestas burlonas, dictadas por el mismo czar, en el ánimo de éste se arraigó cada vez con mas fuerza la sospecha de que existía una conjuracion entre los que le rodeaban. Scheljadin, su esposa y sus supuestos secuaces, un príncipe Kurakin, Dmitri Rjapolowsky y tres príncipes de la familia de Rostoff fueron ejecutados, un príncipe Schtschentyayeff fué martirizado hasta que falleció, el anciano príncipe Pronsky fué ahogado, el tesorero del czar con su mujer y cuatro hijos fueron hechos pedazos y así sucesivamente: cualquier víctima era buena para Ivan y las calles de Moscú se convirtieron en el campo de batalla de los opritschniques, á quienes nadie se atrevía á resistir.

Por fin el nuevo metropolitano de Moscú, Felipe, tuvo valor suficiente para pedir, en 1566, al czar la supresion de la Opritschnina, pero Ivan le obligó á prometer por escrito que no volvería jamás á mezclarse en este asunto. Felipe calló durante dos años; mas en 1568, cuando el czar acompañado de sus seudo-monjes se presentó en la catedral de la Ascension de Moscú para recibir, como de costumbre, la bendiccion del metropolitano, éste le echó en cara sus crímenes y con energía hasta entonces allí nunca vista se negó á bendecirle y á renunciar voluntariamente á la dignidad de metropolitano.

El czar, dominado por cierto miedo, no quiso cometer en público un acto de violencia, pero convocó un tribunal eclesiástico que no tuvo escrúpulo alguno en declarar culpable á aquel valeroso prelado. El día 8 de noviembre de 1568 estando Felipe, vestido de pontifical, delante del altar de su iglesia, un grupo de opritschniques se arrojó sobre él y arrancándole sus vestiduras, le encerraron como criminal temible y como hechicero en un calabozo, donde al año siguiente fué estrangulado.

La tristeza que produjo el desastroso fin del metropolitano sirvió de pretexto para nuevas ejecuciones: el furor de Ivan tomó un carácter verdaderamente satánico; ya no le satisfacían los asesinatos aislados, sino que para saciar su ira necesitaba la destruccion de ciudades enteras. Comenzó su horrible campaña por la ciudad de Torschok, cuyos habitantes completamente inocentes y desprevenidos fueron primero martirizados y luego ahogados. Despues dirigió sus iras contra Kolomna; pero el período de mas crueles horrores fué el de 1569, que empezó por el envenenamiento del primo del czar Wladimiro Andreyewitz, de su mujer y de sus hijos, acusados de haber atentado contra la vida del soberano. A raíz de esto estalló una guerra entre la Opritschnina y el prin-

(1) *Acta Internuntiorum ad 1566-1567.*

cipado de Twer, cuyas ciudades fueron una tras otra devastadas. Ivan guardaba en absoluto secreto el verdadero fin de su campaña de exterminio y para que nadie pudiera saber qué era lo que se proponía, hacía perecer á cuantos á su paso encontraba. De esta suerte atravesó á Medni, Torschok y Wolotschok hasta llegar al lago Ilmen. El día 2 de noviembre de 1570 se encontraba delante de Nowgorod y para que nadie pudiera escapar de la ciudad hizo levantar barreras en todas las salidas y caminos, mientras una horda avanzada de opritschniques sellaba las puertas de los templos y conventos, los comercios y oficinas de los ciudadanos ricos y las viviendas de los principales funcionarios y cargaba de cadenas á una parte de la poblacion. Tales eran los preparativos que se hacían para la entrada del czar.

Este entró en 6 de enero en Gorodischsche, arrabal de Nowgorod, en donde en dias mas felices habían residido los príncipes allí llamados por la república. Allí fueron asesinados á golpes de maza los monjes nowgorodes que no habían querido, ó mejor dicho, podido pagar la contribucion que les había sido impuesta. Ivan hizo su entrada en Nowgorod el día 8 y empezó por rechazar la bendiccion que le daba el arzobispo Pimen, que había salido á recibirle procesionalmente. El czar acusó al prelado de estar en inteligencia secreta con Segismundo Augusto y le hizo prender; luego mandó saquear la ciudad é instituyó en Gorodischsche un tribunal que funcionó por espacio de seis semanas y del cual fueron víctimas casi todos los habitantes de Nowgorod: diariamente eran ejecutados, ahogados, quemados ó martirizados hasta que morían centenares de personas de ambos sexos y de todas edades, y todos los artículos de comercio que no excitaban la codicia de los opritschniques fueron quemados ó arrojados al Wolchow. La pluma se resiste á describir los detalles de aquellos dias de matanza, que superaron á todos los horrores que recuerda la historia de épocas anteriores y posteriores: los mas horribles crímenes de la Revolucion francesa resultan juegos de niños al lado de las maldades de los déspotas orientales y los de Gengis-Khan y Timurlenk son insignificantes al lado de los que entonces se cometieron. Solo Ivan podía demostrar que su enfurecida imaginacion era capaz de excederse á sí mismo.

Por fin el día 12 de febrero declaró el czar que su cólera estaba apaciguada y que hacía gracia á los que quedaban; pero ¿cuántos eran estos? Las cifras que hasta nosotros han llegado no merecen crédito.

Nada quedaba de la gran Nowgorod, de aquella antigua y orgullosa capital mercantil tan convencida de su propia valía. El hambre y la peste se cebaron en los restos de la poblacion consumidos por mortales angustias. Nowgorod quedó convertida en una ciudad muerta: Ivan IV completó la obra comenzada por Ivan III.

¿Y cuál fué el pretexto para consumir tantos horrores? La denuncia de un vagabundo sin nombre, una burda falsificacion de una carta de Segismundo Augusto excitando á los nowgorodes á la rebelion y sobre todo el odio inveterado de Ivan contra la ciudad de Silvestre, cuya historia y cuya orgullosa libertad le eran bien conocidas por lo que había leído en los anuarios, por las narraciones que había oido y por su propia experiencia. El czar no podía tolerar nada que se enlazara con el recuerdo de alguna fuerza, ni siquiera de algun deseo de oponer resistencia á un soberano absoluto de Moscú.

Desde Nowgorod dirigióse á Pskoff para hacer sufrir igual triste suerte á la segunda ciudad libre de la antigua Rusia; pero esta capital escapó milagrosamente del terrible peligro que la amenazaba. La ilimitada sumision con que la ciudad le recibió, las atrevidas palabras de un loco que le ofreció

carne cruda para comer y cierta conmoción casi inexplicable que experimentó el czar cuando llegó a sus oídos el toque de las innumerables campanas de Pskoff, movieronle a no llevar a cabo sus proyectos, contentándose con entregar al saqueo de sus opritschnikes las casas de los ricos. Las víctimas que con este motivo sucumbieron no entraban en la cuenta.

Ivan tenía prisa por regresar a Moscú, donde pensaba dar un gran golpe. Cerca de cinco meses de minuciosas investigaciones invirtió en buscar los materiales precisos para condenar a los traidores que todavía quedaban: hicieron muchas prisiones y con ayuda del tormento a que fueron sometidos todos los acusados, se reunieron las pruebas suficientes. La sentencia debía ejecutarse en presencia de todo el pueblo de Moscú: el día 25 de julio levantáronse en la llamada Kitaigorod, la gran plaza mercado de aquella ciudad, diez y ocho horcas, varios instrumentos de martirio y una inmensa hoguera sobre la cual se colocó una gran caldera de agua. Los habitantes de Moscú estaban poseídos del mayor terror: cuando Ivan se presentó al són de platillos montado a caballo y acompañado de su hijo mayor y de sus boyardos y favoritos, no había en la plaza nadie más que los opritschnikes y las trescientas víctimas escogidas. El czar hizo conducir por fuerza al pueblo al lugar del suplicio para que fuese testigo de su justicia y después de haber perdonado la vida a 180 acusados, comenzó la ejecución de los otros 120, que perecieron en medio de los más horribles martirios, superiores a cuanto pudieron imaginar los más malvados emperadores romanos y los más sanguinarios déspotas de Oriente. El terrible espectáculo duró cuatro horas. El primero que sucumbió fué el canciller Wiskowaty, a quien se culpaba de haber mantenido traidoras relaciones con Crimea, luego siguió el tesoro y así sucesivamente, Basmanoff y Wjasemsky, antiguos favoritos del czar, habían perecido antes en el tormento.

Terminada la ejecución, el czar dió una vuelta alrededor de la plaza y envió a buscar a las esposas de los dos ejecutados más ilustres para gozarse primero en su desesperación y luego en sus martirios cuando les hizo dar tormento. Después de tres días de descanso, hubo otro día de ejecuciones. Las esposas de los nobles a quienes se había dado muerte fueron ahogadas.

No se sabe a punto fijo si estas últimas ejecuciones fueron motivadas por algo más que por una mera sospecha; y aunque sería de desear en honor del pueblo ruso que éste hubiese sentido cuando menos el deseo de librarse del inhumano déspota, es lo cierto que no hay de ello prueba alguna, aunque Ivan estaba realmente dominado siempre por la manía de la persecución y convencido de veras de que le era de todo punto necesario defenderse. Actualmente algunos escritores rusos tratan no solo de disculpar sino de glorificar a Ivan IV; de este hecho únicamente puede deducirse que otro tirano como él todavía sería admitido en el imperio moscovita.

Por lo demás, aquel soberano presa de la suspicacia, del miedo y del espíritu de venganza, fué en su interior sumamente desdichado, y de ello tenemos elocuente testimonio en el testamento que redactó en 1572. Las sombras contra las cuales luchaba habían llegado a ser para él una realidad, viviendo plenamente convencido de que se vería arrojado del reino por sus boyardos y de que tendría que entablar una lucha de vida ó muerte contra los enemigos de su casa para defenderse a sí mismo y a sus hijos. Ante este impulso de la propia conservación cedían todos los demás sentimientos y en su ánimo nunca surgió la idea de que tenía deberes que cumplir para con sus súbditos. Las extravagantes teorías genealógicas que acerca del origen de su familia profesaba, llegaron a persuadirle de que por sus venas corría

una sangre diferente de la de sus vasallos. En cierta ocasión dijo a un embajador inglés que todos los rusos eran unos bribones, y habiéndole aquel hecho observar riendo que también él era ruso, Ivan le contestó que no, que era de origen alemán. El texto del citado testamento de 1572 merece ser conocido; el prefacio del mismo recuerda una carta de Tiberio dirigida al Senado: «Mi cuerpo—dice—está extenuado, mi espíritu ofuscado, el virus venenoso de mi alma y de mi cuerpo se aumenta sin cesar, y no hay médico que pueda curarme. Yo esperaba que alguien se compadeciera de mí, pero nadie se me ha acercado. No busqué quien me consolara, porque todos correspondieron a mi bondad con maldades, a mi amor con ódios.» Encarga a sus hijos que no confíen en nadie y que no cuenten de haber conseguido esto, el hermano menor reciba un principado parcial, bien que sometido siempre a la dependencia del mayor, al cual en nada deberá aquel contrariar ni resistir. Deja al arbitrio de su sucesor la facultad de conservar ó suprimir la Opritschnina y advierte a sus hijos que se acuerden de las almas de sus mayores, aunque se vean perseguidos y desterrados, y procuren hacer por ellas cuanto puedan dedicándoles liturgias, funerales, letanías, limosnas y oraciones.

Los sentimientos y las ideas del czar no variaron ya ni en lo más pequeño: la Opritschnina subsistió, aunque en los últimos tiempos con el nombre de «corte»; la desconfianza contra el territorio común no solo no disminuyó, sino que llegó hasta el punto (probablemente en 1575) de otorgar el título de czar y el gobierno de la porción de Rusia que no pertenecía a la Opritschnina a un tártaro bautizado, Simeon Bekbulatowitz, el cual por espacio de algunos años ciñó la corona y empuñó el cetro, pero en realidad sin ejercer poder alguno, y desapareció olvidado en cuanto Ivan creyó necesario alejarle.

Para terminar el casi inagotable tema de las ejecuciones decretadas por el terrible czar, debemos hacer mención de un notable documento que en el convento de San Cirilo de Bjeloosero encontró en 1809 el senador Borosdin, durante un viaje arqueológico que hizo por algunas provincias del imperio. Consistía en unas cuantas hojas de tamaño 16.<sup>o</sup>, cuyo texto explicaban las siguientes inscripciones consignadas en los libros del monasterio: «El czar, gossudar y gran duque Ivan Wassilyewitz ha regalado 900 rublos para los proscritos cuyos nombres están citados en el Sinódico, y en memoria de los cuales se cantan misas de difuntos, liturgias y letanías el sábado de carnestolendas.»

En otro lugar se dice: «El sábado de carnestolendas para los proscritos, asesinados, ahogados y quemados con sus esposas, hijos y criados. Los nombres de todos están en el Sinódico. Las misas de difuntos se cantan en comun. El czar y gran duque Ivan Wassilyewitz ha señalado para este objeto 2,200 rublos sobre dos fincas.»

Sigue luego en el Sinódico la lista casi interminable de víctimas; después de la de aquellas personas que han de ser tenidas presentes en todos los servicios divinos y entre las cuales hay tres de la familia del czar: Eudoxia, María y Alejandra. «¡Piensa, Señor, en las almas de tus siervos y siervas difuntos de nuestro tiempo, desde Adán hasta nuestros días! ¡Piensa en ellas, Señor! ¡Piensa en las almas de la zarina, de sus dos hijos y de los diez que les ayudaron; de Ischuk, Bogdan, Ivan, Ivan, Ignati, Grigori, Feodor, Istom; del príncipe Wassili de Rostoff, de Nikisor, Wassili, Wassili C hlunew, etc., etc.; en las de los veinte hombres de Ivanow

de la aldea de Komenskoje; en las de Miguel Masiloff, de los 39 de Gubina... de los 87 de Matweitschewo... piensa, Señor, en las almas de tus siervos de Nowgorod en número de 1,505 hombres (1)!»

Por los acontecimientos de Pskoff toma el czar sobre su conciencia 190 almas, y después de esto continúa la larga serie de nombres, entre los cuales aparecen a veces intercaladas algunas cifras, cuando Ivan no se acuerda detalladamente de los individuos. Posteriormente añadió el czar una lista complementaria que comprendía 580 nombres, en su mayoría procedentes de anteriores tiempos, resultando un total de 3,248 almas; pero es indudable que cometió error de cálculo, pues al final de la lista y como si se tratara de un libro de cuentas comercial, se dice: «Esto suma 3,470 personas.» Y aun podríamos demostrar a Ivan que no contó ni con mucho a todas sus víctimas, pues faltan, entre otras, el metropolitano Felipe, de cuya muerte no quería él ser culpable, y tres de los cuatro hijos del príncipe Wladimiro Andreyewitz por él envenenados, de los cuales solo cuenta a una hija, siendo probable que en ninguno de estos dos casos la omisión sea debida a falta de memoria, sino más bien a haber el czar inventado alguna razón que le permitiera echar la culpa a otro. Faltan, finalmente, en esta lista todos los que no profesaban la religión rusa, pues los innumerables prisioneros protestantes de Livonia que Ivan mandó asesinar en distintas ocasiones no entraban, según él, en la cuenta, ni tampoco los que hizo matar en el territorio enemigo por crueldad ó por gusto. La suma de todas las víctimas inmoladas a su furor tiránico es incalculable.

Casi parece increíble que precisamente en este período en que las maldades del czar llegaron a su más alto grado, se abrieran ante él perspectivas políticas de gran trascendencia.

## CAPITULO VII

### LA CRISIS EN POLONIA Y EL CZAR

A pesar del edicto de 13 de enero de 1557, el movimiento reformista había adquirido en Polonia gran incremento, bien que ganando más en extensión que en intensidad. A fines del año 1550, contábase entre las 25,000 familias de la Szlachta unas 1,000 protestantes; el elemento alemán de la Reforma habíase casi exclusivamente dirigido a las ciudades sin tocar para nada a la población rural.

La fuerza de la Reforma estribaba en la alianza de la Szlachta con el protestantismo, y hasta los círculos católicos de los szlachtiztes miraban con simpatía la idea de que la Iglesia estuviera sometida al Estado. Cuando la Szlachta se hizo cargo en la Pequeña Polonia del gobierno de las comunidades reformistas, esta situación se amplió hasta llegar al pensamiento general, prescindiendo de diferencias religiosas, de que en toda Polonia la Szlachta fuese señora del clero como ya lo era de las clases media y rural. Varias causas contribuyeron a que pareciese posible el logro de tales fines.

En distintas ocasiones hemos visto hasta qué punto la Reforma se ponía al servicio de la pequeña nobleza polaca: la libertad religiosa solo regía en el fondo para aquella aristocracia, de cuya superficialidad de ideas son buena prueba el no haberse publicado una traducción de la Biblia hasta el año 1563, el haberse expulsado a los sacerdotes católicos sin reemplazarlos en muchos casos con sacerdotes protestantes y el no haberse hecho casi nada para fomentar la enseñanza,

(1) En esta cifra solo cuenta los que él mismo asesinó ó condenó, pues Kurbsky pretende que en un solo día perecieron más de 15,000; otras fuentes hablan de 27,000, y el fidedigno cronista pleskovié de 60,000.

especialmente la popular, que en todas partes constituye la más poderosa palanca de las «doctrinas puras.»

A esto se agregaba la imposibilidad del acuerdo común entre los distintos grupos protestantes en lo tocante a la cuestión de dogma y a la constitución de la Iglesia, acuerdo que no pudo conseguir ni siquiera un personaje tan notable como Jan Laski, que desde 1556 a 1560 trabajó en la organización de las comunidades calvinistas en la Pequeña Polonia. Laski no logró llegar a entenderse con la Gran Polonia, donde dominaban las doctrinas hussitas; y después de su muerte la misma organización por él establecida en la Pequeña Polonia fué modificada en el sentido de conceder al elemento laico, que valía tanto como decir a la Szlachta, mayor influencia sobre la Iglesia. Tampoco era posible encontrar respecto de los luteranos un terreno dentro del cual



Moneda de oro de 10 ducados, del rey Segismundo Augusto de Polonia.

Acuña para Lituania. Inscripción del anverso: † SIGIS. AVGVSTVS. D. G. REX. POLONI. MAG. DVX. LITVA; en el campo el busto coronado del rey y a los dos lados la cifra del año 1562; alrededor una corona. Inscripción del reverso: † MONETA. MAGNI. DVCATVS. LITVAN. IO. FLOR. AVR; en el campo un caballero lituano y debajo de él un signo de significación dudosa. — Tamaño del original, existente en el Museo Numismático de Berlín.

podiera llegarse a una confesión de fe igualmente aceptable para todos, y por fin quedaron completamente desvanecidas todas las esperanzas de unión cuando los socinianos se establecieron en Polonia.

La tendencia de los radicales antitrinitarios nacida en Italia halló en Polonia un suelo altamente favorable a su desarrollo. Dos años después de haber sido quemado Servet en Ginebra (1555), ya oímos hablar de los adeptos que sus doctrinas tenían en Polonia y decir ora de este, ora de aquel sacerdote, que eran sospechosos; pero mientras vivió Jan Laski los antitrinitarios no se atrevieron a darse a conocer públicamente como tales. Jorge Blandrata y Lelio Socinus (este último había llegado a Polonia entre 1558 y 1559) no hicieron profesión pública de sus doctrinas hasta 1561, causando desde entonces grandes bajas en las filas calvinistas. Aunque anatematizados solemnemente en 1562, fueron ganando cada día más terreno, uniéndoseles en Polonia y en Lituania todos aquellos a quienes la antigua Iglesia no podía retener. La doctrina de los socinianos, que por su radicalismo no retrocedía ante las más atrevidas consecuencias, tenía especiales atractivos para el espíritu eslavo. Cuando en 1563 los antitrinitarios pasaron revista de las fuerzas que se habían atraído, contaban con 42 predicadores; en 1566 ya les vemos representados en la cámara de diputados. A Polonia podía aplicarse de hecho el siguiente atrevido epigrama:

*Alta ruit Babylon: destruxit tecta Lutherus,  
Muros Calvinus, sed fundamenta Socinus.*

No podemos entrar aquí en los interesantísimos detalles de este acontecimiento y solo diremos que el mismo catolicismo fomentó el florecimiento de las numerosas sectas anti-